

ARDE



SARA PRIDA VEGA

ARDE

Título: *Arde*.

Primera edición: abril 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Sara Prida Vega.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García

Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.

Prólogo © David González

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-121675-7-3

Depósito legal: AB 172-2021

IBIC: DCF

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



**InLimbo
Poesía**

*Para quienes sepáis decirme cómo es un árbol.
Cómo evitar que arda.*

La luz hierve debajo de mis párpados.
Antonio GAMONEDA

Prólogo

La vida en llamas

En ocasiones, *en muy contadas ocasiones*, se tiene la dicha, *la inenarrable dicha*, de que la POESÍA, *llámala Sara*, casi siempre de la mano del azar, *en una terraza de verano, por ejemplo*, se presente ante ti en su forma humana, *en forma de mujer en el caso que nos ocupa, pelo pajizo / hijo de tresmilseiscientescuarenta y cinco decoloraciones*, te reconozca como uno de los suyos, se sienta a tu lado y comparta contigo estas pocas, pero mágicas, sentidas e imborrables palabras:

Solo necesito un gorrión para construir un mundo.

Esto, *claro*, lo sospechas luego, *pasados unos días*, cuando esa misma POESÍA, *llámala Sara*, *de la mano esta vez de un mensajero de alegrías y tristezas*, vuelve a presentarse ante ti, solo que ahora en su expresión escrita, en forma de libro de poemas, *el primero, Aullido animal*¹, original e intimista bestiario en el que las criaturas que se nos van apareciendo poseen la facultad, *portentosa*, de hacernos pensar en nosotros mismos y hacer que nos cuestionemos *cuestionarnos* nuestra pretendida humanidad:

¹ Sara R. Cabeza, *Aullido animal* (Bajamar Editores, 2017).

Era como si viniera de otro mundo.

Esto, *no hay dos sin tres*, se confirma más adelante, *pasado algún tiempo*, en el mismo momento en que la propia POESÍA, *llámala Sara*, deposita su confianza en ti, *aquí procede darle las gracias*, y te concede el privilegio, porque es un privilegio, de ser uno de los pocos elegidos

Ayudadme a vencer a los hombres que persiguen al pájaro

para leer el texto original, *previo a su publicación*, de un nuevo libro de poemas, *dieciocho poemas como dieciocho soles*, este ARDE, que ahora, *gracias al acierto, la visión y el buen quehacer de InLimbo Ediciones*, tienes la suerte y el privilegio, *como lector y como ser humano*, de empezar a leer, espero que con la misma emoción, sentimiento y deslumbramiento que yo:

La luz hierve debajo de mis párpados².

Un libro con el grito de la luz al rojo vivo que supone, *no cabe duda*, una purificación y una transformación interior, *a todos los niveles*, para la brillante POETA, *llámala Sara*, que, *despojándose de todos sus ropajes, despojándose hasta de la piel*, lo ha escrito para todos y cada uno de nosotros, *sus afortunados lectores*, desde la lucidez, el espanto, la dignidad de la conciencia y la ternura utópica de una memoria, *la suya, también la mía*, en carne viva: *Se tiró a los caminos como quien / se lanza al acantilado...* Una catarsis en toda regla que Sara, *llámala POETA*, se encarga de proclamar a los cuatro vientos ya desde la mismísima portada al prescindir de los primeros apellidos de sus padres con los que firmó su *Aullido animal* y añadir a su nombre de pila los de sus abuelas, es decir, Prida Vega.

² Antonio Gamoneda.

Su luz empieza a iluminarnos, *a quemarnos*, ya desde el evocador poema con el que da comienzo este libro inolvidable, texto que contiene en sí mismo el mapa, *el paisaje*, de esto que se ha dado en denominar «La España vaciada»... Un texto en el que, *además*, nos admiramos del dominio de Sara, *casi una marca de estilo*, en la composición de enumeraciones, *figuras lógicas*, que ejercen sobre nuestro ánimo una irresistible fascinación debido a su intenso poder de evocación: *nuestro pueblo / dos monedas que perdimos / y el cadáver de la abuela...*

A partir de ese entrañable poema inaugural que sienta las bases de lo que todavía, *por suerte*, está por leer y sentir, y que viene a confirmar la sorprendente madurez lírica y existencial de alguien tan joven, así como también la personalidad absorbente, carismática y combativa de la tajante voz poética de esta autora, caes en la cuenta de que has emprendido un viaje en el tiempo sin retorno, en el que la palabra de honor de Sara, *precisa y musical*, te conduce a través de los emotivos paisajes naturales de su infancia, *que te traen recuerdos de los tuyos*, y de la presencia familiar de sus antepasados, *que bien podrían ser los tuyos*; toma partido en el sangriento drama de la Guerra Civil española en dos poemas, «Salva a Regina» y «Olvida la guerra», que merecen figurar por derecho propio en cualquier antología, *que se precie de tal*, sobre la memoria histórica de esta fratricida piel de toro:

Ayudadme a vencer a los hombres que persiguen al pájaro

te hace escuchar, valiéndose de imágenes brillantes, a veces desgarradoras, *Yo tuve un novio que se intentó cortar las venas antes, incluso, de conocerme*, los primeros latidos de su corazón, en el que no prendió la chispa del amor porque no era la adecuada... Y, *finalmente*, de la cálida mano de su voz firme y decidida avanzas, *tranquilo, no tengas miedo*, hacia la cerilla, *acércamela despacio*, hacia el fuego, *sopla fuerte*, liberador y purificador de la hoguera: *la poesía es, de toda la literatura, / la que mejor arde...*

No es el fin, *sin embargo*, más bien un renacimiento, una resurrección. En esta catarsis, Sara ha convocado a los poetas Antonio Gamoneda, Vasko Popa, Leopoldo María Panero, Jericho Brown, Gsús Bonilla, Vachel Lindsay y Efraín Huerta, los poetas en los que confía para continuar con su propósito:

Ayudadme a vencer a los hombres que persiguen al pájaro

Cuenta conmigo también, Sara, *le dices*.

Lo que esté en mi mano para ayudarte a vencer a los hombres que persiguen al *pájaro*.

Porque ese pájaro es un gorrión.

Y un gorrión es todo lo que tú necesitas para construir un mundo.

Un mundo en paz y en poesía.

David González
Noviembre y diciembre de 2020

Primera parte
Hierba y carbón

*Hasta los dedos evitan mi frente
Donde el mundo se ha incendiado*

Mis palabras invadidas por la hierba
Vasko POPA

MASTICÁBAMOS
piedras en tu casa,
¿te acuerdas?

Y tenían un sabor amargo
como a salvia, a heno, a sexo *na tená*
como a las pulgas blancas de las gallinas
subiéndonos en miríadas por las piernas.

Cuando las piedras se convertían en arena
me las pasabas por el pelo, peinándolo,
imprimándolo para la capa de pintura
que le darían luego la luz de la luna,
los piojos, las horquillas y la escarcha.

Y en cuanto el campo se quedó sin guijarros,
aprendimos a comernos los huecos,
los sapos, los renglones y los charcos,
renacuajos, mandiles y rastrillos,
haciendo con todos un polvo denso
que era difícilísimo limpiar de los rincones.

Ahora han asfaltado todo aquello:
nuestro pueblo, dos monedas que perdimos
y el cadáver de la abuela.

A ver si quedamos algún día
para empezar a comernos el asfalto.

YO TENÍA una abuela luna
que nunca me dijo nada.

Estaba ocupada intentando
rellenar
la herida que le trepó por la pierna
cuando pisó la arqueta del patio,
acallar
el hueco mudo de su vientre.

Por eso iba guardándolo todo
quedamente,
con ojos claros y vidriosos,
dentro del cajón de la cocina:
cien mendrugos de pan duro,
nueve listas de la compra,
cinco o seis corchos de sidra,
tres bolígrafos de propaganda
y un osario de servilletas.

Quisiera poder morder juntos
el aire, caliente de resurrecciones,
que ladra,
y sus manos suaves,
temblorosas, desvalidas,
que guardan,
y permanecen aferradas a los muros

ígneos de exterminio
y de carcoma.

El aire
es la sombra en el umbral oscurecido,
el rumor de grava sobre las palmas,
hiriente,
como cuchillos diminutos.
Sus manos
son aquella que se desprende de otra,
el cuello que en la caída se aferra,
con dulzura,
a su sogá.

EL ABUELO hierba,
que nada sabe
de verdascas,
nos enseña a ser
animales silvestres,
flores salvajes,
la silla sin nadie
en el cuarto vacío.
Y narra por qué son
tan distintos los ojos
cuando se abren
debajo del agua.
Pero, cuando habla,
leve, de su boca,
va brotando silente
un hilo de sangre.
Es como un conejo
que decide morir
porque no entiende
que aún soy una niña
y en mis rodillas
hasta la gravilla
se agazapa.

Tengo frío

Mi abuela sol cosía botones
como ojos
por todas partes de la tela
a todas mis muñecas
para que me miraran en la oscuridad
muy atentas.
Y yo, que no podía dormir
con tanta expectación,
les clavaba alfileres diminutos
delgados
como mi cuerpo oblicuo de niña
para recolectar sus lágrimas
y confeccionar un veneno sutil
que matase a las hadas
y a todos los seres terroríficos
que vivían en el armario,
o bajo la cama,
pero se negaban a salir,
a subir
y calentarme los pies
por las noches.

Salva a Regina

*Ayudadme a vencer a los pájaros que
persiguen al hombre.*

Leopoldo María PANERO

Mi tatarabuela era un pájaro
con un pequeño corazón,
emplumado y libre.

Ella sabía que el fusil de los guardias civiles se había ido,
pero volvería silencioso y diría:

- a. Manos arriba
- b. Tiene usted un establecimiento muy bonito
- c. Meta todos los víveres en esta bolsa

Así que, cuando volvieron, les encañonó con su escopeta,
pio un

SALID

de

mi

bar

que hizo que los manzanos granizasen,
y creo que no disparó

sólo porque
no tenía pulgares.

La acusaron de estraperlo
y de esconder gente en la trastienda,
o bajo sus alas, prendidos entre el plumón,
en la urdimbre intrincada del refajo.

Ella no sabía si era roja,
ocre, magenta, cian o púrpura,
pero sí que no habría jaula
que pudiera contenerla
y que, si moría,
sería por un exceso de
humanidad
humedad.

Ayudadme a vencer a los hombres
que persiguen al pájaro.

Olvida la guerra

Mi bisabuelo fue maqui,
terminó la guerra y
a. No pudo
b. No supo
c. No quiso
dejar que la batalla
siguiera librándose sola.

Se tiró a los caminos como quien
se lanza al acantilado,
quizá porque en mi casa
espoleábamos a la libertad,
le lamíamos con fruición
los párpados, pestañas,
OJOS
hasta casi sacarlos de sus cuencas
y libábamos una esperanza

VERDE
como la retama de las paredes,
como los robles de mi pueblo,
como las agujas de los pinos.

Les pillaron en un camino de tierra,
bordado de alambradas,
y les ametrallaron

hasta que sus miembros
fueron estandarte libertario,
cordón umbilical vinculado a la tierra y al musgo,
intrincado e indecoroso,
enredado con el alambre, el aire y la muerte.

A mi bisabuelo su metralla le atravesó la pierna
saliéndole
por
el
mus/lo

que quedó cojo para siempre
para que arrastrase su pena
durante generaciones.

A mi bisabuelo su metralla le atravesó el cuello
saliéndole
por
el
o/jo

que quedó nublado para siempre
para que todos recordásemos
quiénes nos miraban a su través.

Luego le dejaron allí tirado, entre sangre
amiga, hermana, dándole por muerto,
así que él pensaba que era un fantasma,
o un ser a caballo entre los dos mundos.

Cuando, de niña, dormía en su casa
mi pavor a ese otro se acrecentaba
porque le oía gritar en sueños,
DES GA ÑI TÁN DO SE
palabras de fuego y humo,
alaridos de pánico